

Director Responsable:

Ramón Díaz.

Editor:

Danilo Arbillia.

Directorio: Ramón Díaz, Manfredo Cikato, Pablo Fossati, Ramiro Rodríguez Villamil y Danilo Arbillia.**Columnistas:** Daniel Glianelli (política) y Jorge Caumont (economía).**Secretario de Redacción:** Miguel Arregui.**Información política:** Claudio Paolillo (jefe), Gerardo Maronna, Alfonso Lessa, Luis Casal Beck, Alvaro Amoretti, Nelson Fernández.**Información general:** Alejandro Nogueira (jefe), Efraín Mannis, Alvaro Güz, Gabriel Recarte, Claudio Romanoff, Mónica Bottero.**Reportajes especiales:** César di Candia.**Indicadores económicos:** Roberto Paullier (coordinador), Javier de Haedo (columnista), Carlos Mermot, Gustavo Michelin, Julio De Brum, Lorenzo Helguera y Gabriela Inciarte. **Información internacional:** Yanina Olivera - Servicios especiales de "The Washington Post", "Los Angeles Times", "The Guardian", DPA, ANSA y AFP. **Cultura y espectáculos:** Sergio Lacuesta (coordinador), Rodolfo Fattoruso y Barret Puig (columnistas), Jorge Castro Vega (teatro), Alvaro Sanjurjo Toucou (cine) y Enrique Hetzel (jazz).**Medicina:** Jean Richerd. **Deportes:** Mauricio Fernández Reyes. **Columnista:** Juan Carlos Paullier (fútbol).**Humor:** Kid Grages, Aldo Cammarota y Leslie. **Archivo:** Florencia Herrera. **Fotografía:** Milton Cea. **Diagramación:** Nelson García Serra. **Corresponsales:** Pablo Montaldo (Brasil) y Zelmira Lisardy (Argentina). **Administración:** Alfredo Bianchi Varela.**Búsqueda** es una revista semanal miembro de la Sociedad Interamericana de Prensa. Está inscrita en la Dirección de Industrias con la matrícula N° 2079.

Con domicilio en Av. Uruguay 1023, tels.: 906435, 906376, 906337 y 905664. Montevideo, Uruguay.

Las opiniones vertidas en los artículos son de exclusiva responsabilidad de los autores. Precio de venta N° 500. Impreso en Talleres Gráficos de Impresora Polo Ltda. Paysandú 1179. Tel.: 920452-60. D.L. N° 40.172. Distribución: Pacífico.

*Allons enfants de la Patrie,
Le jour de gloire est arrivé!*

por Ramón Díaz

El 14 de Julio —dentro de unos 80 días— las vibrantes estrofas de la Marsellesa resonarán en la Place de la Concorde en París, ante una gran multitud, incluyendo una notable colección de personalidades, ni qué hablar, con el Presidente de Francia a la cabeza, y numerosos jefes de estado y de gobierno extranjeros, entre ellos el Presidente del Uruguay. Se estará celebrando el bicentenario de la Revolución, en la fecha que tradicionalmente ha servido para simbolizarla, que es a la vez la fiesta nacional de Francia, y se entonará una canción revolucionaria, compuesta allá por 1792, que también se ha transformado en el himno nacional francés. Una fiesta, pues, a todas luces francesa, pero celebrada con pompa y circunstancias tales que es como si no cupiera dentro de los límites de aquella república, y se tratara más bien de una festividad mundial, o tal vez de un cierto ámbito internacional —que vendría a incluir a nuestro país— ocasión al mismo tiempo para el regocijo y la gratitud retrospectiva de incontables individuos, unidos, a través de fronteras políticas y barreras étnicas, en el culto de ciertos valores. ¿Qué valores? Pues eso ya no está tan claro. Digamos, por el momento: **Liberté, Egalité, Fraternité**. Términos, es preciso advertir, que no deben traducirse literalmente.

Ya que oficialmente los uruguayos estaremos incluidos en la celebración, es deseable que nos preguntemos si también como individuos deseamos participar en ella. La cuestión está lejos de ser sólo académica. Pocas cosas poseen tanta importancia práctica como las

Revolución Francesa:**¿Por qué se conmemora?**

ideas que los pueblos se hacen del pasado, los héroes que veneran, los paradigmas que admiran. La Revolución Francesa ya ha ejercido sobre nosotros, por otra parte, una influencia poderosa y secular. No puede ser ocioso que nos hagamos ahora cuestión de si su bicentenario debe ser conmemorado por nosotros como algo propio y valioso. Un compatriota ilustre escribía, hace ya tres cuartos de siglo, un libro dedicado precisamente a ponernos en guardia contra aquel modelo cívico. "¿Es creíble —se preguntaba— que la copia servil que hicieramos en 1810 de los principios de la Revolución Francesa fuera la indicada para atenuar el vuelo de nuestros defectos anárquicos y antisociales?". "Los dogmas de 1789 —continuaba—, desafiaron ese cometido huracanado en el desarrollo de los destinos continentales". Y un poco más adelante: "Éstamos tan dominados por los sectarismos de 1789 que todavía les guardamos fidelidad de enamorados, más entusiasmados por ellos que la sociedad que los engendrara". El autor, que no es otro que Luis Alberto de Herrera, a cuyo *La Revolución Francesa y Sud América* (1910) pertenecen los fragmentos transcritos, sin duda quería hoy disuadirnos de concurrir, física o idealmente, a la *Place de la Revolution*, como se llamaba la de la Concordia —personaje que sólo más tarde sube a escena— y sumarnos a la fervorosa festividad. No me resisto a transcribir, de aquella obra por su gran actualidad, un párrafo íntegro:

"Es que respecto a esa jor-

nada se nos ha enseñado un culto idolátrico, de intensidad universal. Creemos en la América, y nuestras multitudes y nuestros universitarios lo juran a pie juntillas, que todos los bienes democráticos de que gozamos en la actualidad derivan de la Revolución Francesa, siendo deudores a ella de su libertad todas las naciones del Orbe, cuyo régimen de derecho cívico parte de allí, como arrancan del mismo punto polar imaginario los meridianos que abrazan el haz de la Tierra".

Tal vez valga la pena mencionar que el 14 de Julio y la Marsellesa no fueron desde el tiempo revolucionario la fiesta nacional y el himno de Francia. Ciertamente, el 14 de Julio de 1789 se conmemoró en su primer aniversario; fue la famosa fiesta de la Federación, que —por haber sido una jornada inconcreta— algunos prefieren pensar que es la que ahora se celebra. Pero más tarde, 14 de Julio y Marsellesa entraron ambos en un prolongado eclipse, de donde salieron definitivamente sólo bajo la 3a. República: el himno en 1879, la efemérides el año siguiente, ambos a tiempo para el primer centenario. Con ello, sin embargo, no dejaron aún de ser polémicos en Francia. Pierre Chaunu, de cuya oposición a las próximas festividades nos ocuparemos enseguida, ha sostenido que tendría que transcurrir 1914-18 para que fecha y canto perdieran en Francia su coloración sectaria, y asumieran otra nacional.

No obstante, un cierto grado de ambigüedad subsiste. Ya no "abrá una sola Marsellesa, si-

no diversas. Alice Gérard las describe: "Marsellesa diplomática ofrecida a los soberanos extranjeros en tiempo de oratorio, Marsellesa patriótica y militar, portadora del espíritu de revancha hasta 1918. Pero también Marsellesa popular y contestataria que cantan los obreros en huelga aún después del nacimiento de La Internacional (1888). Primer canto nacional moderno, la Marsellesa no (ha) dejado de ser un símbolo internacional de revolución para los jacobinos de todas las nacionalidades, para los liberales del siglo XIX, finalmente para los socialistas revolucionarios..."

En fin, comoquiera que sea, son muchos más los que están dispuestos a oír el himno con unción patriótica, acoger el ánimo festivo los 14 *Juillet*, y saludar *le tricolore*, que aquellos listos a festejar los hechos, exultar con las jornadas, identificar-se con los actos, a que tales símbolos estuvieron originalmente asociados. Simplemente, porque ello trasciende por fuerza la convencionalidad, y pone en juego la verdad histórica. Chaunu protesta: "...Lo que hoy algunos que, ya no podemos aceptar más es la mentira oficial, la falsificación maniquea de nuestra historia común..." Y antes había escrito: "No hay mentiras anodinas. Todo asesino no es mentiroso, pero todo mentiroso es asesino".

Otro aspecto a destacar, en este artículo que fundamentalmente quiere rescatar la conmemoración inminente de las garras de la retórica y el protocolo, es la enorme importancia histórica que la Revolución Francesa posee, que fue tan

clara tan pronto para tanta gente. No sólo dentro de Francia, donde en seguida fue muy fácil darse cuenta de que algo importante pasaba, sino también fuera. El día que Kant se enteró de la toma de la Bastilla, él, cuyo cotidiano tránsito a la Universidad permitía a las vecinas de Koenigsberg ajustar sus relojes, llegó tarde a clase. Y Hegel, a quien, en tanto que filósofo oficial de la monarquía prusiana, tenemos que clasificar en la derecha política —por más que no como *conservador*, un historicista no podría serlo nunca— desde su cátedra berlinesa dedicó a la Revolución este estremecido comentario:

"Nunca desde que los planetas giran alrededor del sol en el firmamento se había percibido que la existencia del hombre se centra en su cabeza, es decir, en el pensamiento, bajo cuya inspiración él construye el mundo de la realidad. Anaxágoras había sido el primero en decir que el *nous* (la mente) gobierna el mundo; pero sólo entonces el hombre había avanzado hasta el reconocimiento de que el pensamiento debe gobernar la realidad espiritual. Aquello fue en efecto una gloriosa aurora de la mente".

Y en Inglaterra, en 1790, el partido Whig se dividía: de un lado —el adverso a la Revolución— la figura señera de Burke; del lado favorable, Fox y la gran mayoría del liderazgo liberal...

Pero no deberíamos concluir sin oír las explicaciones del historiador a quien François Mitterrand ha encomendado presidir la preparación del fasto, Jean-Noël Jeanneney ha dicho: "Mi misión no consiste en tomar partido en los debates historiográficos, sino en dar forma y organizar el orgullo colectivo que reposa sobre los

Revolución Francesa

(viene de pág. 2)

ideales encarnados por la Revolución, sobre las opciones fundamentales efectuadas desde 1789: los derechos del hombre y de la ciudadanía, el fin de los privilegios y de la exclusión, especialmente religiosa, la instauración de una administración nacional eficaz, el sufragio universal o las leyes sobre la enseñanza. ...Sin embargo, en mo-

do alguno se trata de correr un velo púdico sobre los acontecimientos trágicos y sangrientos de esta misma Revolución.

Tal vez nosotros, después de echar una mirada razonablemente cuidadosa a las realizaciones positivas y negativas, lleguemos a ponernos en estado de formar nuestro propio juicio.